



Reseñas críticas

A propósito de Ezequiel Martínez Estrada, **Cambios de Dirección. Escritos en viaje**, Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2021, 244 pp.

Controvertido, fluctuante, porfiado, insubordinado, irreverente, el pensamiento de Ezequiel Martínez Estrada es y provoca muchas de estas calificaciones. Tener delante cualquiera de sus escritos nos introduce a un mundo de miradas y reflexiones sobre una diversidad de situaciones: la poesía que cultiva la admiración de sus contemporáneos; los ensayos que muestran una dura realidad oculta en la superficie del optimismo reinante en su tiempo; los cuentos y novelas cortas que despliegan la imaginación del escritor; las obras de teatro que son parte de su producción menos conocida, pero que no dejan de ser atrayentes; su epistolario nutrido y variado con muchas de las grandes personalidades de la época; y finalmente también sus notas de viajes, porque Martínez Estrada también es un viajero, un hombre inquieto en su quietud, un viajante que busca siempre otro lugar porque se siente fuera de lugar.

En **Cambio de dirección. Escritos de viaje**, Martín Kohan realiza una selección de textos del escritor santafesino que recorre gran parte de su obra y que tiene como hilo conductor las experiencias del propio Martínez Estrada en sus viajes por Europa, Estados Unidos, la URSS, México y Cuba. Si al autor de **Radiografía de la pampa** se lo ha visto como un pensador inmóvil, analista que vuelve una y otra vez sobre la misma escena, sobre la misma situación, Kohan juega en el prólogo a esta edición con la idea del *cambio* en lo que permanece *quieto*. La atracción por lo inmutable se mezcla con las reflexiones en movimiento, la escena estática de la pampa se mezcla con los cambiantes comentarios sobre otros lugares, distantes, que captan la atención del escritor. Ya el título propuesto nos

invita a pensar la doble significación de la palabra dirección: por un lado, se habla de rumbo, se habla de dirección como norte, como lugar hacia dónde dirigirse y, en este sentido, se hace referencia al cambio o viraje ideológico que realiza Martínez Estrada hacia el final de su vida cuando se establece por unos años en Cuba y muestra su adhesión a la causa revolucionaria. Por otro lado, la dirección es también pensada como domicilio, como lugar de residencia. Aquí el cambio es lo permanente, porque los lugares donde vivió Martínez Estrada son muchos y, además, parecen ser siempre provisorios. En el prólogo se repasa brevemente la vida del ensayista y poeta, los lugares donde vivió, los sitios donde quiso vivir y los cambios de vida que tuvo. Queda la sensación de que su lugar en el mundo era siempre otro. Nunca parece encontrarse, nunca parece hallarse. Martínez Estrada a veces se siente extranjero en su propia patria y otras veces se ve como uno más cuando viaja a otros países. A veces se encuentra en lugares distantes, pero no se halla, todo le parece extraño. Sin embargo, lo cotidiano, lo conocido, lo de su propia tierra también a veces le resulta ajeno. Viaja e imagina, viaja y sueña. Fantasea con quedarse en varios sitios por donde pasa. Ya en su primer viaje a Italia, a mediados de la década del '20, y siendo él muy joven, sueña con fijar domicilio en algún pueblo del país europeo para sus últimos días. Aquel hombre que nació en San José de Esquina, provincia de Santa Fe, y que paso su infancia en Goyena, al sur de la provincia de Buenos Aires, no para de moverse. De La Plata a Buenos Aires y de Buenos Aires a cualquier lado. Casi nadie tan preciso para radiografiar a la capital de la república, casi nadie que desnude los secretos de Buenos Aires como él lo hizo. Sin embargo, el autor de **La cabeza de Goliat** nunca se sintió a gusto en esa ciudad. Por eso parece que siempre se va, porque se siente atraído

por otro lugar, porque se siente repelido por Buenos Aires. Será Bahía Blanca su lugar de residencia, pero como ciudad que servirá de estación de paso hacia una serie de viajes por varios países del globo. Es que para Martínez Estrada quedarse es irse y volver es querer volver a irse.

La selección de textos abre con una serie de cartas que el ensayista envía a Victoria Ocampo desde cinco lugares diferentes. Goyena, Buenos Aires, Bahía Blanca, México y Cuba. Cinco lugares y cinco muestras de los tiempos de Martínez Estrada, de sus preocupaciones y sus sinsabores. El epistolario recogido refleja los cambios en su relación con la responsable de la revista **Sur**. Siempre cordial y mostrando el afecto que tanto él como su esposa Agustina tenían por Ocampo. Agradece, pero busca marcar diferencias; reconoce, pero muestra desacuerdos. No puede dejar de expresar lo que piensa, aunque eso le cueste la enemistad y hasta el desprecio de las letras argentinas; hay que decir verdades, aunque duelan. **Debajo** titula la sección que abre a los textos del periodo ensayístico, y es la oportunidad de releer algunos fragmentos de **Radiografía de la pampa** y **La cabeza de Goliat** a la luz de las notas de viajes del autor. La fisonomía de los pueblos, la cartografía de la ciudad, la comunicación de Buenos Aires con el interior a través de las líneas ferroviarias como si fueran patas de una araña, la descripción de lo cotidiano y de lo ordinario se revelan también como notas de viajes, pero no al exterior sino al interior, hacia lo nuestro. Luego aparecen los textos del afuera, los apuntes que Martínez Estrada toma cuando realiza una visita por Estados Unidos (más precisamente por Miami, Washington, San Francisco y Chicago), por algunas ciudades de Suiza y finalmente por la Unión Soviética. Algunas de estas notas, como lo es la visita a la Casa Museo de León Tolstói en la ciudad de Yásnaia

Poliana, son textos inéditos, material que el autor dejó en estado provisorio de elaboración y que gracias al archivo de la Fundación Ezequiel Martínez Estrada y a Martín Kohan hoy están a disposición del lector. Esta es la parte más nutrida del libro, donde se muestra al ensayista buscando describir al detalle aquello que ve, aquel que intenta encontrar en las costumbres y hábitos de otros pueblos marcas de identidad nacional y, a su vez, diferenciar entre un *nosotros* y un *ellos*, aunque nunca se sabe qué rol ocupa él mismo en esa distinción. La primera impresión de Miami es la de un lugar de gente amable y servicial, de personas que saben vivir en su ciudad (¿Será un contrapunto con Buenos Aires?); Martínez Estrada no se siente extranjero allí, pero sí distinto, fuera del juego. Está contento y libre de sí mismo, no tiene nada que hacer ni nada en qué pensar. Está en un sitio seguro, confortable, predecible, en un ambiente juvenil. Son las primeras sensaciones, porque en Washington la cosa cambia. El escritor se encuentra por primera vez a un hombre mendigando en la calle como un signo de que en la sociedad norteamericana no todo va tan bien como parece. A esto se le suma la rutina burocrática, los modales de cortesía puramente superficiales y el trato un tanto despectivo que recibe por ser sudamericano. Tampoco se lleva una buena impresión de Chicago. Estados Unidos sorprende a Martínez Estrada: si por un lado muestra elogios a la vida americana, por otro lado, aparecen la sospecha o incluso el rechazo a la superficialidad, a la administración de la cultura y la mercantilización de los intelectuales.

Distinta a la imagen americana es la imagen europea. Los textos inéditos de los viajes del autor de **Radiografía de la pampa** a Lucerna, Zúrich y Ginebra muestran una conexión casi instantánea entre el escritor y el medio europeo. Lucerna lo rejuvenece, todo allí es maravilloso, los trenes a tiempo, los ciudadanos prolijos y de hábitos regulares, todo corre al ritmo de un reloj suizo. Zúrich lo deslumbra, su arquitectura, su diseño de ciudad, todo parece estar moldeado para que la urbe

sea vivida de manera placentera y con mucha normalidad. Ginebra no es la excepción: limpieza, orden, bienestar, corrección, servicialidad. Toda la ciudad se llena de símbolos de prosperidad, paz, libertad y fraternidad. Martínez Estrada parece obnubilado, todo lo encuentra en su lugar, todo a su tiempo, todo es adecuado. La travesía concluye con su visita a la Unión Soviética donde se está desarrollando la pretendida utopía socialista. Aquí sus comentarios son vacilantes, no se deshace en elogios, pero la familiaridad de la fisonomía rusa lo envuelve y lo traslada a la pampa argentina. Imagina un paralelismo entre los caminos que recorría Tolstoi y las llanuras que él mismo transitaba en su juventud. Esto lo encandila, por eso piensa que hay una conexión especial, un lazo sagrado entre él y la tierra visitada. En el resto de las notas no hay mayores precisiones sobre la situación de la URSS, sobre las condiciones de vida ni sobre la conveniencia de la experiencia socialista. Para encontrar una verdadera y novedosa conexión entre Martínez Estrada y la revolución hay que concentrarse en su visita a Cuba en 1960. Con algunos fragmentos de **Mi experiencia cubana** se cierra la selección de textos que propone Martín Kohan, y "cierra" es sólo una forma de decir, porque son justamente estos escritos los que muestran a un Martínez Estrada entusiasta, comprometido, como queriéndose abrir hacia el futuro, hacia la realización de la utopía. Cuba y el pueblo cubano impresionan al escritor; los líderes de la revolución, Fidel Castro y Ernesto Guevara, lo impresionan aún más. La dinámica social lo mueve al compromiso, la lucha de un pueblo oprimido que se organiza con todas sus fuerzas contra el enemigo imperialista y expropiador que saquea las riquezas de la tierra. Esa voracidad conquistadora ahora encuentra su límite en la energía y la voluntad de un pueblo digno. Allí parece haber encontrado Martínez Estrada un lugar en el mundo, como él mismo dice "estoy en Cuba para servir a la Revolución". Sin embargo, el destino quiso que no haya nunca un lugar definitivo para él; una enfermedad lo obliga a volver a Bahía Blanca y, a

pesar de sus deseos de querer volver a la isla (deseos siempre de volver, deseos siempre de irse), su vida se apaga un 4 de noviembre de 1964.

Gastón Salomón
UBA FFyL-FSOC

*A propósito de Federico Pous, **Eventos carcelarios: Imaginario revolucionario y subjetivación política en América Latina**, Carolina del Norte, UNC Press Books, 2022, 250 pp.*

Federico Pous escribe dentro de una perspectiva de la sociología latinoamericana que permite comprender al siglo XXI como un campo donde se producen disputas por la definición de modelos políticos, económicos y sociales. Con pertinencia de análisis, se pregunta sobre los vaivenes de dos ciclos políticos diferenciados: el primero de ellos comienza con la llegada de los llamados gobiernos progresistas, que introdujeron una agenda social en las democracias de nuestro territorio, aunque limitados. El segundo momento refiere al retorno de grupos de derechas al poder político. El autor invita a reflexionar y pensar el espacio latinoamericano en base a los alcances y limitaciones de las experiencias de la izquierda contemporánea en la región. En la selección de los casos estudiados por Pous puede observarse una reflexión profunda y compleja sobre las experiencias que acontecieron con la llegada al poder político de Néstor Kirchner (2003-2007) y Cristina Fernandez (2007-2015) en Argentina, Ignacio Lula da Silva (2003-2010) y Dilma Rousseff (2011-2016) en Brasil y, finalmente, Fernando Lugo (2008-2012) en Paraguay. Las tres experiencias marcan en la región un imaginario político compartido. En el caso de Brasil y Paraguay dichas experiencias culminaron con golpes parlamentarios y en el caso argentino el fin del ciclo kirchnerista estuvo marcado por el ascenso de una nueva derecha tecnocrática. La explicación sobre la culminación de



dichos proyectos políticos se encuentra en su carácter reformista que —lejos de establecer propuestas de cambio radical— terminan reproduciendo el sistema capitalista y sus desigualdades estructurales.

El libro de Pous se configura en torno a una reflexión constante sobre la potencia del cambio social: ¿Cuáles son las memorias que se imprimen en los procesos de subjetivación política contemporánea? Para indagar este fenómeno, el autor analiza tres eventos carcelarios acontecidos a mitad del siglo XX en Paraguay, Argentina y Brasil. Estas experiencias permitieron desafiar a las dictaduras de cada país, pero también mostraron las debilidades políticas de la izquierda revolucionaria de la época. Dentro de la investigación, se parte de la premisa que los procesos de subjetivación producidos en dichos espacios implican una identificación de los principios revolucionarios pero que, simultáneamente, presentan una novedad. Federico Pous hace referencia a distintos acontecimientos concretos (eventos carcelarios) dentro del acontecimiento latinoamericano (la revolución); entre ellos hay cercanía y, a la vez, distancia; aquí radica el núcleo problemático de la obra. Dentro del desarrollo de la investigación, se confirma la hipótesis sobre la existencia de una distancia entre el gran acontecimiento revolucionario, que no tuvo lugar en los países estudiados, y los eventos carcelarios que parecían anticipar su realización. Esta distancia ha llegado a formar parte del funcionamiento de la subjetividad política que lleva consigo la tarea trunca de transformación radical de la realidad social.

En cuanto a la metodología utilizada, se realiza un análisis de tres novelas que permiten aportar una mirada crítica respecto del proceso de subjetivación dentro de cada evento carcelario. El método comparativo utilizado por el autor le permite abordar los casos apelando a la identidad colectiva mediante la cual se piensa a la región y, a la vez, establecer especificidades dentro de cada experiencia. Los eventos carcelarios y obras seleccionadas son, en

primer lugar, la fuga de presos políticos de la cárcel de Peña Hermosa en 1961 en Paraguay, que se aborda a partir del análisis de la novela *Hijo de hombre* (1960) de Augusto Roa Bastos. En segundo lugar, para pensar los efectos de la liberación de presos políticos en intercambio por el embajador estadounidense secuestrado en Brasil en 1969, estudia la obra de teatro *Torquemada* (1972) de Augusto Boal. Y, por último, el autor realiza una lectura de la liberación de presos políticos conocida como *El Devotazo* en Argentina en 1973 a partir del análisis de la novela *El beso de la mujer araña* (1976) de Manuel Puig. Las obras elegidas permiten esbozar las siguientes preguntas: ¿Cuáles fueron las limitaciones del imaginario revolucionario en cada país? ¿Cómo se llevaron a cabo las experiencias de fuga y liberación en cada caso? ¿Cuáles fueron sus destinos y consecuencias?

Para el autor, los eventos carcelarios funcionaron como un espacio de socialización donde se generaron nuevas experiencias y sentidos en torno al imaginario revolucionario militante en cada país y su rastro conforma una huella en la memoria colectiva que se imprime sobre una revolución que no tuvo lugar, que devino además en un proceso de persecución ideológica profundizada por la implementación de la llamada Doctrina de Seguridad Nacional por parte de las dictaduras militares de cada país. Estos eventos carcelarios devinieron en *no* eventos ya que no construyeron en torno a ellos experiencias de novedad política (p. 217). Es así que la obra permite explorar la lectura de los horizontes emancipatorios actuales, donde la intensidad experimentada en los eventos carcelarios ha permeado la subjetividad contemporánea. De ese modo, el kirchnerismo se presenta como heredero de esa revolución (que no fue) y en nombre de ella lleva a cabo sus políticas reformistas. Las experiencias contemporáneas reactualizan para el autor la imaginación política radical de los años sesenta y setenta, pero impresas en una memoria signada por la distancia, es así que se introduce la siguiente pregunta: ¿cuáles son las limitaciones

que se heredaron de esas experiencias revolucionarias? La pregunta toma vigor en un contexto de debilitamiento o desgaste de la representación de los partidos de izquierda contemporáneos.

En referencia a lo anterior, Federico Pous ofrece una lectura basada en la búsqueda de nuevos horizontes emancipatorios entendiendo a la crítica como proceso constitutivo; las huellas y memorias de los eventos carcelarios permiten reconstruir nuevos desafíos para las experiencias de cambio contemporáneas. Su libre reflexiona sobre los lugares donde se encuentran las prácticas políticas que encarnan novedad, es así que el autor sugiere que el movimiento feminista en los últimos años logra romper esa distancia imaginaria con el pasado para poner en juego un nuevo horizonte de radicalidad (la eliminación del patriarcado) que organiza su actividad política renovando la producción de nuevas subjetividades. Dentro de esta reflexión, el trabajo analizado enriquece los debates en torno a la potencia radical de los movimientos sociales (movimientos de mujeres, campesinos y movimientos originarios) que hoy en día configuran sus luchas y resistencias contra el capitalismo contemporáneo, conformando nuevos protagonistas en el escenario latinoamericano.

Natalia Laneve
(UBA)

A propósito de Amanda Peralta, ... por otros medios. De Clausewitz a Guevara: guerra, revolución y política en la tradición del pensamiento marxista, Buenos Aires, Caterva Editorial, 2022, 245 p

“Cuando uno empieza a pensar así, cuando uno se pone un uniforme y asume la jerarquía y las formas de organización del enemigo, esto lleva a que uno se convierte en el enemigo... El enemigo ya te ha vencido porque él ya ha logrado convertirte en él mismo”. La presente

frase, perteneciente a Nestor Verdinelli, compañero de vida de Amanda Peralta, uno de los fundadores de las Fuerzas Armadas Peronistas y autor de uno de los prólogos que integra el presente libro —y que forma parte del debate entre Envar “Cacho” El Kadri y Jorge Rulli en su intercambio en “Diálogos en el exilio”—, constituye, de alguna manera, una síntesis crítica *a priori* de parte del espíritu de este escrito.

Y es que la propia historia militante de Amanda Peralta precisa de un libro para contar toda su vida: en 1955, a sus 16 años, se integró a la Juventud Peronista; poco tiempo después, tras el golpe de Estado, se unió a las Fuerzas Armadas de la Revolución Nacional, uno de los primeros intentos de guerrilla en Argentina, bajo el liderazgo del Vasco Bengoechea, troncado en 1964; posteriormente, en 1966 se unió a Acción Revolucionaria Peronista, el proyecto político de John William Cooke y Alicia Eguren, de donde será expulsada por sus posiciones en favor de la huelga portuaria. Allí inició su participación en la lucha armada, siendo una de las fundadoras y militantes de las Fuerzas Armadas Peronistas junto a Envar “Cacho” El Kadri, cayendo detenida en 1968 en Taco Ralo, Tucumán, en la primera conformación de un destacamento guerrillero en zonas rurales; su condena la llevó a la cárcel, de donde se fugó junto a otras militantes detenidas en 1971. Su compañero Néstor recibirá la amnistía en 1973 durante el gobierno de Cámpora, momento en donde ambos se reúnen, aunque en 1976 deberán exiliarse, pasando primero por Brasil y luego por México, para finalmente recalar en Suecia como destino final. Allí se abocará al estudio universitario y cuyo resultado es el libro que en estas páginas se reseña.

Pues bien, corresponde entonces hablar del presente libro, que no se trata de las memorias de Amanda o de una autobiografía militante; tampoco son reflexiones políticas sobre el peronismo revolucionario o una propuesta política tras la lucha armada. ... **por otros medios...** es la tesis doctoral de la

propia Amanda Peralta en Historia de las Ideas Políticas en la Universidad de Gotemburgo de Suecia, en 1990. Y si bien este material recién ahora logra estar accesible en castellano para el lector argentino, ya posee al menos dos ediciones en Suecia, la primera de ellas en plena etapa de crisis del bloque socialista (1990) tras la caída del Muro de Berlín en 1989 que denostaba el impacto de la Glasnost y la Perestroika en la U.R.S.S., y donde la Guerra Fría aún dividía al mundo. La segunda edición (2005), en cambio, se produjo en un momento histórico marcado por la globalización y el impacto de nuevos tipos de conflictos políticos y militares, contextos que la propia Amanda Peralta reseña y toma en cuenta en ambas ediciones, demostrando su profunda comprensión, lucidez e interpretación de los cambios de época.

¿Y en qué consiste la tesis doctoral de Peralta? Pues precisamente en un profundo análisis relativo a la lucha revolucionaria, particularmente vinculada al modo en que los distintos referentes históricos de la izquierda, a lo largo de la historia, han comprendido e interpretado las formas de desarrollar el accionar revolucionario. Al decir de la propia autora: “Las revoluciones son, hoy como ayer, los cirujanos sociales de la Modernidad”, y por ello plantea que “esta tesis trata un aspecto del problema de la revolución. Intenta comprender cómo la teoría de la revolución originada en Marx considera al fin en relación con sus medios. Cuando digo medios de la revolución me refiero a la guerra, una idea inspirada en Clausewitz”. Así, plantea que la noción de praxis bélica es el modo concreto que adopta la revolución de tipo socialista, y que precisamente es en la acción material y objetiva en el terreno, donde el plano teórico se realiza y determina resultados concretos que definen los modos y las formas del accionar militar revolucionario.

Amanda Peralta propone entonces recorrer un trayecto, dividido en dos partes generales: la primera, que plantea pensar la guerra como

continuación de la política, concebida para profundizar en el marco teórico de la guerra y la revolución, para luego encarar, en la segunda parte, la guerra como acción política, donde examina los procesos de guerra revolucionaria en Latinoamérica, centrando parte de su atención en la experiencia cubana, y obviamente, argentina. De este modo, en la primera parte se ocupa de las nociones generales de lo que implica pensar los aspectos conceptuales y materiales del accionar bélico —centrando en Carl von Clausewitz como teórico de la guerra moderna el eje de su análisis—, para luego evaluar a Karl Marx y Friedrich Engels como lectores del pensador prusiano, a lo que le siguen similares evaluaciones a Vladimir Lenin como desarrollador de la guerra revolucionaria, y Mao Tse Dong como organizador de la guerra de guerrillas moderna.

La segunda parte se dedica, entonces, a analizar las particularidades de los procesos revolucionarios latinoamericanos, donde ingresa el análisis tanto de José Martí como de Régis Debray, pasando por el Che Guevara y la teoría del foquismo, culminando en una profundización del caso cubano, planteando la vieja discusión entre regla o excepción. Concluye Amanda Peralta que “hacer una revolución, que es ‘el deber de todo revolucionario’, está implícitamente incorporado en la idea de que la revolución se ‘hace’ a través de la organización, el comienzo y el desarrollo de una guerra civil. Actuar ‘revolucionariamente’ equivale a utilizar medios militares”.

La tesis constituye un trabajo más que interesante, que indaga sobre un aspecto muchas veces ignorado o considerado irrelevante que, en las palabras de Amanda Peralta, constituye no solo un verdadero testimonio generacional que contempla tanto la comprensión como la interpretación de una protagonista directa de las luchas revolucionarias de los ‘60 y ‘70 en nuestra región, sino que también renueva el debate en torno a la validez actual al momento de pensar la lucha armada y los efectos que inevitablemente impactarán en

las organizaciones que se planteen la guerra revolucionaria como inevitable camino a transitar hacia la instalación de un proyecto de tipo socialista.

Javier Alfredo Rodríguez
(FSOC-UBA)

A propósito de Hernán Confino, **La contraofensiva. El final de Montoneros**, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2021, 363 pp.

El desarrollo del campo de la historia reciente motivó nuevas intervenciones que, entre otras cosas, nos invitan a revisar las primeras interpretaciones en torno a los años setenta, sobre todo aquellas surgidas en la década de 1980 y condicionadas por las sensibilidades y los valores que caracterizaron a la posdictadura en la Argentina. Fruto de su tesis doctoral, el libro de Hernán Confino, **La Contraofensiva: el final de Montoneros**, atiende a los desafíos de este campo historiográfico en continua expansión.

En una apuesta por abordar el proceso de desarticulación de la organización, Confino propone un enfoque distanciado de las interpretaciones “hegemónicas” sobre el derrotero de Montoneros, en particular, de sus últimos años de actividad. La voluntad del autor radica en superar las limitaciones que las lecturas focalizadas en “la militarización” —desde los balances intelectuales— y en “la derrota” —sobre todo en el plano de las “memorias militantes”— imponen sobre la historia de Montoneros. Así, analiza la experiencia de la Contraofensiva con el propósito de complejizar la trama de la organización y de sus militantes entre el exilio y el retorno a la Argentina. Para ello, dispone de un amplio repertorio de fuentes que incluye testimonios de exmilitantes montoneros, boletines internos de la organización y prensa partidaria —como las revistas **Evita Montonera** y **Vencer**—, así como documentos de inteligencia del aparato represivo del régimen militar.

El abordaje de Confino considera la “transnacionalización” de Montoneros —esto es, el despliegue de sus prácticas militantes en el espacio internacional— tras el “exilio orgánico” entre finales de 1976 y comienzos del año siguiente. Así, las experiencias de los militantes en el extranjero comprenden un objeto privilegiado de su investigación. Articuladas con la reconstrucción del despliegue de la Contraofensiva en la Argentina, aquellas experiencias constituyen el eje del libro a lo largo de sus siete capítulos. A los fines de la presente reseña es posible establecer al menos tres dimensiones de análisis.

La primera atiende a las reestructuraciones organizacionales y las redefiniciones de la línea política de Montoneros durante el exilio de su dirigencia y sus principales cuadros. Entre los aspectos más significativos, el autor aborda las “redes de sociabilidad” en el extranjero —en especial la confluencia de los militantes montoneros con la “cultura exiliar” de Ciudad de México, en la que se destacan las actividades de solidaridad y denuncia contra la dictadura militar argentina— y, fundamentalmente, el proceso de incorporación para la Contraofensiva.

En efecto, en octubre de 1978, desde La Habana, Montoneros lanza su Contraofensiva Estratégica. Si bien Confino la inscribe como parte de la cultura política de la organización —en contraposición a la idea de “locura” o “desvío”— su enfoque enfatiza, al mismo tiempo, las implicancias e impactos del exilio en el proyecto montonero. Así, el autor lee a la Contraofensiva como el intento, por parte de la conducción montonera, de disciplinar la estructura de la organización. En definitiva, sus máximos jefes habrían buscado evitar la pérdida de representatividad interna en el país. Por ejemplo, la conformación de las llamadas Tropas Especiales de Infantería (TEI) —grupos encargados de realizar los atentados militares contra los funcionarios del equipo económico de la dictadura, es un claro ejemplo de aquella voluntad. En este marco, el entrenamiento de los militantes montoneros en España y, sobre todo, en Medio Oriente (Siria y Líbano) oficiaría de

espacio de formación tanto militar como política, al tiempo que reforzaría los lazos simbólicos entre la organización y quienes decidieron integrar la Contraofensiva, un conjunto heterogéneo de cuadros y militantes de base.

Una segunda dimensión atiende a las disidencias y rupturas que sufrió Montoneros entre 1979 y 1980. Estas, así como también los cuestionamientos por parte de los militantes que regresaron a la Argentina, pusieron en jaque la voluntad de la conducción montonera. De ahí que buena parte del libro gire en torno a la experiencia del accionar de los grupos de propaganda y los grupos militares en el país. Para Confino, las disidencias de ese primer momento de la Contraofensiva (1979) habrían influenciado negativamente a los primeros montoneros que decidieron incorporarse.

Mientras se ultimaban las directivas para el retorno a la Argentina, desde el exilio parisino, a comienzos de 1979, tuvo lugar la primera disidencia en Montoneros. Según Confino, las dudas con respecto al inicio de la Contraofensiva vehicularon los cuestionamientos a la “tendencia militarista” y el autoritarismo de la conducción montonera, entre otros “vicios de la historia” de la organización. En este marco, las noticias que llegaban desde Europa comenzaron a circular entre los militantes recientemente arribados al país. Tal fue el caso del primer grupo de las llamadas Tropas Especiales de Agitación (TEA), encargadas de las actividades de propaganda, que contó entre sus integrantes con algunos militantes disidentes. Si bien, en el análisis del autor, el caso de este grupo resulta ilustrativo a la hora de considerar las posibles repercusiones de la primera disidencia (en tanto se mostraron críticos con la Conducción), será la breve estadía en la Argentina lo que les permitió a los militantes montoneros confirmar que, evidentemente, el contexto del país no se condecía con los diagnósticos de los jefes montoneros. Por ejemplo, la experiencia del grupo de las TEI que detuvo el atentado militar acordado da cuenta de la incertidumbre que recorrió a los militantes que participaron de

la Contraofensiva y los límites de su accionar. Sin reparar en el mandato de la obediencia, la exposición a la voracidad del sistema represivo habría determinado, en la práctica, anteponer el resguardo de la propia vida y la de los compañeros.

La primera fase de la Contraofensiva significó un punto de inflexión. Además de no contar con las repercusiones esperadas, en términos del autor, la “materialidad de la muerte” desafió el proyecto político de Montoneros. Así, si había sido el exilio el espacio que determinó la decisión estratégica de la Contraofensiva, ahora era la experiencia de su primer despliegue en Argentina aquello que comenzaba a evidenciar su inviabilidad. En este marco, los acontecimientos que tuvieron lugar entre fines de 1979 y comienzos de la década siguiente sellarán el destino del proyecto político de la organización.

Paralelamente al anuncio de la segunda Contraofensiva, prevista para febrero de 1980 y con el objetivo de reiniciar los atentados militares, en Madrid ocurría la llamada “rebelión de los tenientes”, una segunda disidencia por parte de dirigentes de alta jerarquía. Al igual que sus predecesores, los disidentes pusieron el foco de sus críticas y cuestionamientos en la “tendencia militarista” y el autoritarismo atribuidos a la Conducción, sólo que ahora se la acusaba de ser, además, responsable de la muerte de los militantes que participaron de la primera Contraofensiva.

Es atendiendo a estas dinámicas disidentes y los debates en ellas implicados que es posible identificar en el estudio de Confinio una tercera dimensión de análisis: aquella que propone comprender al exilio como el espacio de gestación de las primeras interpretaciones —críticas y, en muchos casos, impugnadoras— de los proyectos revolucionarios de la década de 1970. Así, para el autor, los elementos que configuraron la “hermenéutica de la derrota” habrían surgido de las experiencias de los militantes en el exilio. A fin de reconstruir ese proceso, repone los principales núcleos de debate en Ciudad de México —por ejemplo,

aquellos que tuvieron lugar en la revista **Controversia** (1979-1981)— y Madrid.

La Contraofensiva: el final de Montoneros se constituye como un trabajo pionero de la literatura académica sobre el abordaje de la última estrategia montonera. La minuciosa reconstrucción de Confinio nos invita a complejizar la experiencia de la Contraofensiva y echa luz sobre cuestiones, hasta entonces, poco exploradas. Además, propone un enfoque atento a las renovaciones y las discusiones epistemológicas que surgen desde el campo de la historia reciente. Así, por ejemplo, resulta sugerente la incorporación en su estudio de una “dimensión transnacional” que atienda a las implicancias del exilio en Montoneros y sus militantes.

El trabajo de Confinio demuestra que han sido muchas las causas que confluyeron en el lanzamiento de la Contraofensiva. Ello motiva nuevos interrogantes. Por ejemplo, teniendo presente que, para el autor, la voluntad centralizadora de la Conducción montonera no comprende la única variable a la hora de analizar el plan de retorno al país, sería posible reflexionar en torno a otras salidas de oposición a la dictadura desde la “estructura orgánica” de Montoneros. Asimismo, en relación con lo anterior, resulta sugerente continuar profundizando en la decisión de los militantes. Ciertamente, Confinio examina los factores que incidieron en la incorporación a la Contraofensiva y señala, en especial, el plano de los afectos: desde la culpa y la lealtad hasta el deseo de regresar al país. De ahí que pueda pensarse cómo conciliar aquellas expresiones de “pasión” por el mundo de la revolución aún cuando el exilio habría reconfigurado el imaginario y las prácticas militantes. Con todo, estos interrogantes y otros que surgen a partir de la lectura de este libro, nos convoca a transitar el sendero que la investigación de Confinio ha comenzado a trazar.

Milagros Bracaglioli
(UNSAM)

A propósito de Nicolás Dip, **Movimientos estudiantiles en América Latina Interrogantes para su historia, presente y futuro**, Buenos Aires, CLACSO. IEC-CONADU, 2023, 83 pp.

El campo de estudios sobre los movimientos estudiantiles es amplio y fecundo y ha pasado por varias etapas acompañando, como suele ocurrir con las miradas sobre los movimientos sociales, las propias transformaciones que se han ido gestando en las formas de organización y los reclamos estudiantiles a lo largo y ancho del planeta. Sin embargo, hacía falta un esfuerzo de síntesis que mapeara el campo de los estudios de los movimientos estudiantiles en nuestro continente y el libro de Dip contribuye ciertamente a llenar ese vacío.

En los estudios disponibles sobre los movimientos estudiantiles suele ser difícil encontrar estudios que combinen miradas más específicas, ancladas en experiencias de movilización de estudiantes concretos, con esfuerzos teóricos más generales que permitan pensar acerca de las experiencias en clave comparada o de más larga duración. En este sentido, el libro logra explorar algunas preguntas claves para comprender los movimientos estudiantiles latinoamericanos, que permiten identificar ciertos patrones recurrentes entre las experiencias concretas, a la vez que recurre a dichas experiencias para dotar de densidad conceptual a esas preguntas. Cabe señalar que el libro se autodefine como un ejemplar “de bolsillo” y que advierte, ya desde el vamos, que no tiene vocación de abarcabilidad: “la mejor manera de comenzar este libro —señala el autor— es reconociendo la imposibilidad de su tarea” (p. 15). La lectura nos ofrece una mirada interdisciplinaria que utiliza herramientas de la sociología histórica para ubicarnos en las intersecciones entre lo particular y lo general, lo abstracto y lo concreto, articulando ambas dimensiones dialécticamente. El libro combina conceptos que son medulares en el campo, con antecedentes relevantes que son traídos a colación para ilustrar y dialogar con la teoría, y casos nacionales y locales que permiten pensar



en las categorías a partir de experiencias sociohistóricas concretas. En tal sentido, los casos nacionales seleccionados por el autor juegan el doble rol: a veces se utilizan para ejemplificar y confirmar visiones existentes sobre el movimiento estudiantil, mientras que en otras se esgrimen para problematizar y cuestionar las miradas imperantes.

El objetivo general del libro es ofrecer un panorama de los movimientos estudiantiles latinoamericanos desde la Reforma Universitaria de 1918 hasta las expresiones feministas contemporáneas. Ofrece para ello un abordaje con un amplio alcance geográfico abarcando todas las latitudes de América Latina, y temporal (que nos remonta desde principios del siglo XX hasta el escenario post-pandemia), que además de ambicioso es efectivo en su planteo.

Como hilo articulador del recorrido, el libro propone explorar seis interrogantes para debatir la historia, el presente y el futuro de la militancia estudiantil latinoamericana. Las primeras preguntas buscan definir el campo y su relevancia, qué son los movimientos estudiantiles y cuál es su importancia. Procurando evitar caer en miradas esencialistas y dicotómicas, los movimientos estudiantiles poseen una especificidad respecto a otros movimientos sociales que deriva, en parte, de su impronta mayoritariamente juvenil y de su anclaje en instituciones educativas, que les confiere identidades transitorias pero también un legado de organizaciones y tradiciones que les son propias. Estas tradiciones, en el caso latinoamericano, nos remontan, ineludiblemente, al Reformismo y sus legados, y a los tardíos sesentas, como un momento de explosión y auge del activismo estudiantil en el continente. La tercera sección se centra precisamente en evaluar el impacto que tuvo la reforma universitaria de 1918 en los movimientos latinoamericanos, identificando antecedentes importantes y los significados abiertos, cambiantes y las disputas que se procesaron en torno a ese legado. La cuarta sección nos remonta medio siglo después de la Reforma de Córdoba, al año 68, para reflexionar sobre su carácter específicamente

latinoamericano. Este momento de ebullición del movimiento estudiantil en varios países del continente, en contextos de fuerte radicalización política y social, en un escenario signado por la Guerra Fría en América Latina, adquirió dimensiones y manifestaciones locales peculiares pero que, simultáneamente, se procesaron en sintonía con procesos globales y regionales. El '68 aparece no sólo como un momento clave de la historia de los movimientos estudiantiles, sino también en su dimensión simbólica y mnémica, una carga aún más potente luego de las dictaduras subsecuentes que se instauraron en varios países del continente. En contraste con estos dos momentos, en que los movimientos estudiantiles latinoamericanos gozaron de gran interés y visibilidad, los movimientos estudiantiles de fines del siglo XX y principios del siglo XXI a menudo cargaron con cuestionamientos por adolecer de un supuesto desinterés y retraimiento. Para explorar la pregunta de si los movimientos estudiantiles "están aún vivos", el libro ofrece un recorrido por varios procesos de movilización potente que se han gestado en América Latina en los últimos años (por ejemplo en México, Chile y Colombia). Los movimientos estudiantiles actuales exhiben lógicas, discursos y reclamos en muchos casos novedosos y también han dado protagonismo y visibilidad a otras demandas y actores, como ha quedado en evidencia con la fuerte irrupción en los últimos años de experiencias estudiantiles feministas.

En relación a los abordajes de los movimientos estudiantiles en América Latina, el libro da cuenta que las visiones más recurrentes han tendido a privilegiar las miradas de ciertos tipos de actores y experiencias (hombres sobre mujeres, movimientos de izquierda por sobre movimientos de derecha, ciertos países por sobre otros). Por otro lado, más allá de los actores en los que pone la mira, también han primado ciertas formas de aproximación al objeto sobre las que aún cabe ahondar en mayor profundidad. El texto advierte sobre los riesgos de analizar los procesos actuales de movilización estudiantil en su clave netamente novedosa o rupturista, por carecer estos

enfoques de perspectiva histórica, así como también la necesidad de reconocer características e improntas que le son propias y generacionales, sin subsumir todas las experiencias del presente en la larga tradición de los movimientos estudiantiles latinoamericanos. Queda abierto el interrogante, junto con las muchas planteadas en el libro, sobre cómo los movimientos estudiantiles latinoamericanos actuales se posicionan frente a esta identidad continental, en qué medida se reconocen en ella o si, por el contrario, priman experiencias con marcados anclajes nacionales o locales que no se reconocen en las de sus países vecinos ni, en general, en el entorno regional latinoamericano. La categoría de "movimientos estudiantiles latinoamericanos" opera entonces en el texto en un doble sentido, como algo que se pretende reconstruir, pero también como una categoría abierta y posiblemente en disputa, que cabría explorar en qué medida es fuente de identificación para los jóvenes hoy en día y en diferentes escalas, más allá del ámbito estrictamente nacional. Este tipo de abordaje no permite adentrarnos en cómo los propios estudiantes significan estas experiencias, pero el texto deja planteada la invitación a analizar con mayor detalle en qué términos definen hoy en día sus luchas.

Es un libro de bolsillo que ofrece un mapeo de la historia y el presente de los movimientos estudiantiles en América Latina. Como todo mapa, se trata de una síntesis que nos permite ubicarnos en un territorio de variados relieves y contornos, pero no busca ser un mapa definitivo ni cerrado. Son esos contornos difusos, que quedan delineados a partir de una serie de interrogantes que el autor ofrece al final de cada sección, que convierten el texto en una invitación a seguir reflexionando sobre un campo aún en construcción.

Gabriela Gonzalez Vaillant
(FCSoc, UdeLaR)

A propósito de Sebastián Rivera Mir, **Edición y comunismo: Cultura impresa, educación militante y prácticas políticas (México, 1930-1940)**, México, 2020, Raleigh, A Contracorriente, 286 pp.

¿Quién decía que no era posible? ¿Y por qué no iba a serlo? Hacer de México un país en el que la bandera que flameara en el Palacio Nacional fuera roja era, al menos para ellos, un deseo con el que arrojar a la lucha. Muchos de los que creyeron en esa causa, la del comunismo internacional, se lanzaron a las calles y a las luchas políticas, dispuestos a hacer una nueva revolución. Porque a la Revolución Mexicana podía sucederle otra: la Revolución roja que tiñera de ese color los rostros de Emiliano Zapata y Pancho Villa. Al igual que en otros países, el comunismo mexicano emergió a fines de la segunda década del siglo XX, y lo hizo, como siempre, con puños cerrados, proclamas ardientes... e impresos políticos. “Repartir la prensa”, “publicar el órgano”: dos frases que, en la cultura de la izquierda comunista resultan comunes. Menos común es lo que ha hecho el historiador Sebastián Rivera Mir: estudiar esa prensa, diseccionarla y analizarla. Su libro **Edición y comunismo: cultura impresa, educación militante y prácticas políticas (México, 1930-1940)** es la expresión de ese trabajo analítico. Los resultados son formidables.

Publicado en 2020 por Editorial A Contracorriente, el libro de Sebastián Rivera Mir constituye un aporte sustancial a la sociología del libro y la edición, a la vez que a los estudios de historia política. Nutriéndose de diversos aportes metodológicos provenientes de la sociología de los textos de Donald F. McKenzie, de la propuesta de reconstrucción de los catálogos desarrollada por Roger Chartier, así como de los criterios de búsqueda archivística propiciados por Robert Darnton, Rivera Mir apuesta por una mirada microscópica de las prácticas editoriales de la izquierda comunista mexicana. Al hacerlo, evita caer en uno de los principales peligros de este tipo de abordaje: el de circunscribirse, meramente, a los

criterios editoriales determinados “desde arriba”. Al estructurar su análisis no sólo en términos de las prácticas editoriales partidarias, sino de las que se sostienen alrededor de una cultura política, Rivera Mir esboza un panorama más amplio y más rico que el que puede ofrecer una observación sólo detenida en la actividad editorial “orgánica”. Sin lugar a dudas, esa perspectiva es deudora de otros trabajos analíticos: los de Carlos Illiades, Adriana Petra, Martín Ribadero y Gustavo Sorá, entre otros.

Estructurado en siete capítulos y un epílogo, **Edición y Comunismo** revela toda su potencia al indagar sobre los impresos políticos del comunismo desde diversas perspectivas. Si en el primer capítulo del libro, Rivera Mir introduce la génesis de las publicaciones comunistas mexicanas ubicándolas en un contexto y en un escenario editorial más amplio —que abarca desde París, como centro neurálgico de las publicaciones de la Comintern en español, hasta una relación en red con Montevideo (donde se encontraba el Buró Regional de la Internacional Comunista), Santiago de Chile y Buenos Aires—, en el segundo capítulo, el autor despliega una serie de consideraciones históricas sobre uno de los períodos más ricos de la producción de impresos comunistas: el de la represión y la clandestinidad. No es casual que Rivera Mir pose su mirada sobre el período que se extiende entre 1928 y 1934 —año de la llegada de Lázaro Cárdenas al poder— y que se dio a conocer como el Maximato. En dicha etapa, caracterizada por una feroz represión a los comunistas por parte de los gobiernos de Emilio Portes Gil, Pascual Ortiz Rubio y Abelardo L. Rodríguez, se evidencia el modo en el que una organización centralizada en función de los preceptos leninistas fue capaz de ejecutar el proceso inverso al que indicaba su lógica política: el de la descentralización de sus actividades. Esa descentralización, necesaria para evitar la represión, implicó cambios en la práctica editorial, en tanto los militantes comunistas produjeron, desde distintos espacios geográficos, una serie de publicaciones que ya no obedecieron *in toto* a las directrices del Comité Central —como sí lo hacía **El**

Machete, órgano oficial del PCM—. De hecho, si bien Rivera Mir trae algunas líneas generales sobre **El Machete** y **El Machete (ilegal)**, centra su atención en otro tipo de publicaciones, producidas en los márgenes de la militancia y en los márgenes de la geografía mexicana. Lo que Rivera Mir constata, y expresa, además, con una soberbia calidad narrativa, es un proceso de explosión de publicaciones comunistas al calor de la represión estatal. Una explosión que se produjo como efecto de la descentralización de las prácticas políticas y editoriales y que dio lugar a un tipo de impresos que, expresando problemáticas locales o sectoriales, se transformaron, ya no solo en documentos de educación militante, sino en piezas que esos mismos militantes debieron tratar como tesoros prohibidos. Publicaciones como **Espartaco**, **El Mauser** y **El preso social** son solo algunas de esas publicaciones editadas clandestinamente por comunistas durante el Maximato. El capítulo, sin duda uno de los más logrados, evidencia, además, el valor que esos impresos tuvieron para buena parte de la militancia comunista: el principal de ellos, el de garantizar la supervivencia de la organización. A su vez, marca un aspecto que, analíticamente, no debe pasar desapercibido. Se trata del hecho de que, la descentralización partidaria, que se desarrolló como producto de la clandestinidad y que derivó en una serie de impresos diversos en variadas regiones, se produjo casi paralelamente a la ascensión de las tesis del Tercer Período (la política de “clase contra clase”) marcada por la Internacional Comunista. Esto deja en evidencia una tensión entre la situación represiva y el apego de la dirección del partido a las consignas soviéticas, en tanto estas últimas apelaban claramente a una política sectaria y de diferenciación de los comunistas respecto de otras organizaciones de la izquierda. En un período de clandestinidad, en el que la descentralización se hizo necesaria, esas tesis quedaron en letra muerta, en tanto los militantes comunistas precisaron del desarrollo, al menos en el terreno local, de estrategias de cooperación con otras organizaciones (hecho que también incidió en la práctica editorial). Rivera Mir, avanza, sin embargo, más allá, y analiza

extensamente la utilización por parte de los comunistas del llamado “diario mural” (que permitía una lectura colectiva, a la vez que evitaba la sanción de un militante específico, dado que el periódico se colocaba en la pared).

En los siguientes capítulos (III y IV), Rivera Mir estudia, con herramientas sociológicas e indagaciones históricas, la lógica de los impresos comunistas durante el período de Lázaro Cárdenas. En tal sentido, el autor se adentra en el análisis de dos editoriales Ediciones Frente Cultural, por un lado, y Editorial Popular, por el otro. Fundada y dirigida por Enrique Navarro —dueño de una librería que llevaba su apellido—, Ediciones Frente Cultural constituye un claro ejemplo de una empresa en crecimiento constante. Valiéndose de una serie de innovaciones técnicas que emergieron en la industria editorial mexicana durante el período de gobierno de Lázaro Cárdenas, Enrique Navarro consiguió desarrollar una editorial que pasó de publicar folletos de una escasa cantidad de páginas a voluminosos libros encuadernados. El establecimiento de un contacto directo con la Internacional Comunista a través de su hermano Daniel (que era militante del PCM) resultó vital en el proceso de desarrollo de Ediciones Frente Cultural, editorial que se caracterizó, al mismo tiempo, por innovaciones de diseño, que se hicieron visibles en el trabajo de intervención de imágenes de personalidades como Marx y Engels por parte del joven historietista José Guadalupe Cruz. La otra empresa editorial analizada es Editorial Popular, más orgánicamente ligada al PCM y claramente alineada con la política de “unidad a toda costa” establecida por el partido en relación al gobierno de Cárdenas. Editorial Popular cumplía una función de primer orden: la de la publicación y edición de los discursos de la dirigencia partidaria, así como la de la impresión de materiales que expresaran la línea del partido en distintos niveles. En aquel período de “unidad a toda costa”, Editorial Popular proponía, como lo señala Rivera Mir en el título del capítulo, una “unidad a bajo costo”. El bajo coste de los libros tenía una explicación: estaban destinados a la militancia y a los simpatizantes. Esa política, sin embargo,

ameritó un debate. Si en un inicio el PCM pretendía distribuir gratuitamente esos libros, ¿por qué acabaron vendiéndose a costos accesibles? Es allí donde Rivera Mir explica la relación entre Editorial Popular y Alexander Trachtenberg, el director de publicaciones del Partido Comunista de Estados Unidos. Fue Trachtenberg quien convenció a las autoridades del comunismo mexicano del hecho de que aquellos libros debían venderse y no regalarse. Su consideración, que acabó imperando, es que aquello que no era comercializado podía ser percibido, por los militantes comunistas, como carente de valor.

Si el capítulo V se dedica, íntegramente, a analizar las formas en las que se desarrollaron las publicaciones anticomunistas y los diversos modos en los que asumieron el desafío de luchar contra aquello que sindicaban como “la amenaza roja”, el sexto capítulo indaga en una editorial con mayores matices que las del anticomunismo derechista tradicional (que se desplegaría con mayor potencia durante la guerra fría): el de la Editorial América. Editada por Rodrigo García Treviño, “un trotskista y aprista a medias”, Editorial América se convirtió en un eje de debate por parte de los comunistas mexicanos. Aquella casa editorial operaba como la principal competidora de las empresas editoriales del Partido Comunista, en tanto discutía, desde posiciones de izquierda, las lógicas del marxismo leninismo. El capítulo, altamente analítico y sustancialmente documentado, muestra hasta qué punto una iniciativa editorial dentro de la propia izquierda podía constituir un problema para los comunistas. Furibundamente anticomunista, García Treviño pretendía disputarle a las editoriales del PCM la hegemonía de los impresos marxistas en México. Así, en su editorial, publicaba obras del marxismo consejista de Anton Pannekoek o a socialistas como August Bebel, pero también obras de los propios Marx, Engels y Lenin. Ubicada, al mismo tiempo, en una línea ideológica marxista, pero en una línea política anticomunista, la editorial de García Treviño estaba llena de paradojas. Entre ellas se destacaba su política de modificación de apartados o

frases de libros de autores “prosoviéticos” para hacerlas más ubicables en su propia idea del marxismo. Rivera Mir reconstruye, además, las relaciones de García Treviño con Vicente Lombardo Toledano, el líder anticomunista de la Confederación de Trabajadores de México —que era, paradójicamente, prosoviético— y las formas en la que Editorial América resultó un espacio para divulgar algunas de las posiciones de la CTM (de hecho, la Editorial América se derivaba de Ediciones del Centro de Estudios para Obreros y Publicaciones de la Universidad Obrera de México, vinculada a la CTM).

Finalmente, el capítulo VII, titulado “Los usos editoriales del espacio fronterizo entre México y Estados Unidos”, esboza la relación entre el comunismo mexicano con el de su vecino del norte, estableciendo una serie de análisis que muestran un vínculo que, si bien no se expresó en una dependencia ni en una sujeción, sí evidenció, por razones de cercanía geográfica, diferencias con respecto a otros comunismos latinoamericanos. Por último, en un breve epílogo, Rivera Mir traza un análisis sobre la recepción de los impresos comunistas entre los diversos lectores, esbozando criterios que permiten entender la convergencia o la disonancia entre las prácticas editoriales y el modo en el que fueron recibidos los textos.

El libro de Sebastián Rivera Mir constituye un trabajo de primer orden para comprender la producción de impresos por parte del comunismo mexicano durante la primera mitad del siglo XX. Riguroso y analítico, su trabajo aborda distintos aspectos de la “cultura comunista”, haciendo uso de un marco interpretativo sólido y de fuentes históricas concretas y trascendentes para una investigación de este tipo. Sin lugar a dudas, se trata de un trabajo que permite comprender mejor los esfuerzos editoriales de aquellos hombres y mujeres que pretendieron teñir a México de color rojo en búsqueda de un proyecto de igualdad basado en las premisas del marxismo y de la lucha de clases.

Mariano Schuster
NUSO - IDAES



Franz Masereel, *La idea*.



Franz Masereel, **La idea**.